

Comentario sobre el trabajo de Ricardo Spector



CARLOS BARREDO¹

mi vida que no entiendo, esta agonía de ser enigma,
azar, criptografía y toda la discordia de Babel

J. L. BORGES, «La brújula»

Comentar lo escrito por Ricardo Spector, luego de su presentación clínica en la jornada de «Lacan en IPA», brinda la oportunidad de volver a sumergirse en ese clima singular que muchos reconocemos como un rasgo característico de esta actividad: el de un intercambio en pluralidad.

Pretendo focalizarme en tres puntos: la idea de «babelización», algunas consideraciones sobre el material clínico relatado y finalmente extraer consecuencias de lo condensado en la idea que motoriza «Lacan en IPA».

Babel, mito del cual George Steiner en *Extraterritorial* afirma que existen versiones en todas las culturas, da cuenta de la pérdida de la lengua edénica como consecuencia del pecado original del hombre y por lo tanto de las diferencias y relaciones entre las lenguas humanas y el lenguaje de los dioses.

La dispersión en lenguas diversas, que, paradójicamente, conlleva tanto la necesidad e inevitabilidad como la imposibilidad de la traducción, implica para todo ser hablante el tener que alienarse en una lengua que se le presenta como alteridad, aun cuando conserve como inerradicable

1 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
calibar1@hotmail.com

el elemento *infans* con que la enfrentó en el origen. De allí el malestar, inherente a los seres hablantes, de nunca haber sido entendido por completo o de no poder expresarse con claridad suficiente para promover esa comprensión, aun dentro de los límites de su propia lengua.

En mi opinión, lo que dificulta el intercambio entre psicoanalistas está más ligado a distintas concepciones sobre la estructura y el funcionamiento del lenguaje, en general no explicitadas, que a las diferentes adscripciones teóricas.

Así, la noción de que el «discurso» es una estructura necesaria, que excede en mucho a la «palabra», siempre ocasional, contingente, abre la posibilidad de «un discurso sin palabras» que subsiste en ciertas relaciones fundamentales que no podrían sostenerse sin el lenguaje, en tanto de este depende la instauración de relaciones estables en el interior de las cuales puede inscribirse algo más amplio que las enunciaciones efectivas. Podríamos entonces coincidir en lo que Ricardo menciona como sus fuentes, pero destacando que «tonos, gestos, acciones» son tan discursivos como el «discurso verbal», y en especial que el sintagma «atmósfera emocional» no remite a un referente concreto, del orden de una realidad gaseosa en que consistirían las emociones, sino a una condensación de metáforas que van desde el «soplo divino» que nos vitaliza hasta el «último aliento» que exhalamos, pasando por las musas que nos «inspiran», o las poéticas resonancias del nombre de un perfume que «inhalamos» (*l'air du temps*). La «captación» de ese «clima» no remite a una inmediatez exterior al lenguaje, sino a la mediación de una experiencia discursiva condensada en ese sintagma, lo que no escapa a la percepción de Ricardo cuando menciona en su comentario la dificultad para «poner en palabras», «traducir» esa atmósfera.

Con relación al material, expuesto con generosidad y con un talento envidiable, quiero centrarme en lo que se menciona como el motivo de su selección: la inesperada circunstancia de reducción de la frecuencia de sesiones que trae como consecuencia la sensación en el analista de estar ante el comienzo del abandono del tratamiento. Me interesa poner en foco esa circunstancia, por un lado porque creo que es producto del trabajo previo que venía realizándose y que ha permitido acercarse a esa constelación o *pattern* edípico que Ricardo con escucha sensible percibe en la formulación «quedarme sola como mi madre» y que remite, como se

hace manifiesto en su intervención, no a una realidad sino a un entramado imaginario, al «drama que la habita». A mi entender es el acercamiento a ese núcleo fantasmático lo que ha producido la respuesta en el plano de la acción, el alejamiento.

Esto nos confronta —y es el otro motivo de mi interés en poner aquí el foco— con una situación clínica habitual en nuestro medio: tener que llevar adelante una experiencia analítica con una frecuencia de sesiones que sentimos insuficiente. Experiencia que el material expone con sinceridad y coraje, para la cual no parecen existir soluciones que provengan de un saber del que se pueda estar en posesión, sino más bien de uno del que habría que tomar po(r)sesión, fragmentariamente, allí donde está en curso en el material algo que evoluciona dirigiéndose transferencialmente al analista.

La dificultad planteada es cómo intervenir ante esta joven que no dice tener hambre sino solo que no ha comido, que no acepta la ayuda que su madre le ofrece y que solo percibe algo de malestar ante la fría respuesta de Pedro a su necesidad de proximidad y contacto. Necesidad, por otra parte, que parece expulsada en el analista que percibe el abandono. Ella por su parte ante cualquier acercamiento que pueda calentar el ambiente toma distancia, lo que el analista le señala correctamente, y si bien entrega por medio del relato de ficción de la película parte de los hilos del guion en que está capturada, lo hace a mi entender desde una posición de observadora, tratando de mantener el intercambio en un plano de frialdad, como el que describe de la relación con los libros, en tensión con lo de vestirse con los atavíos del padre, percibir sus olores. Este duelo «enfriado» es sin duda uno de los hilos de lo condensado en la afirmación sobre la soledad de su madre.

Todo esto, a mi entender, es algo que ella se hace y le hace al análisis y al analista, configurando un nudo de transferencia negativa sobre el que pienso que habría que intervenir. Comparto la rica idea, que nos entrega nuestra experiencia, de que los sueños continúan lo que se está tramitando en el material asociativo. Es esa la función de los sueños en el análisis, y en ese sentido es que todo analizante, al estar en transferencia, sueña para el analista. Pero creo que, junto con ese elemento de transferencia positiva y en tensión con él, los sueños muestran un elemento de autosuficiencia en el que la joven puede arreglarse con sus dificultades sin tener que enfrentar su dependencia del analista, de allí que tanto su atreverse a la acción como

la solución de su frialdad sexual con Matías le resultan a fin de cuentas ilusorios, no se condicen con sus realidades cotidianas.

Babel es el término que describe nuestra realidad de seres hablantes que, como tales, hemos debido renunciar a la transparencia y la inmediatez de la lengua edénica, de la que solo persisten nostalgias idealizadas. De allí que piense que debemos preservar la sofisticación de nuestras teorías, que intentan dar cuenta de lo específico de nuestra práctica basada en la experiencia del inconsciente. Es esa experiencia la que hace que la ayuda que podamos brindar se distinga de cualquier otra y nuestra convicción en sostenerla deviene una cuestión ética.

Por último, una breve reflexión sobre «Lacan en IPA», sintagma que nos reúne y que, más allá de las críticas que ha recibido, nos muestra otra faceta de su productividad al recordarnos que el Lacan al que intentamos acercarnos es ese que se muestra en un contexto de debate plural, alejado de aspiraciones dogmáticas que deban ser aceptadas por todos de manera unánime y que algo de Babel se evoca en la mención de nuestra filiación institucional.

Nuestra práctica y la de los sueños nos instruyen acerca del valor de las nominaciones, que hace que no sea indistinto llamar a un accidente geográfico «Pas de Calais», «Srait of Dover», «English Channel» o «Canal de la Mancha». En especial porque en la última mención resuena (por eso del cristal de Babel) «En un lugar de la Mancha...».

Lacan en IPA debería constituir un eco amplificador de esa resonancia y permitirnos jugar en un espacio idiomático menos «estrechamente» recortado, en el que, luego de metabolizar lo recibido, podamos concebir en nuestra lengua el psicoanálisis que practicamos. Algo más a resguardo de idealizaciones, tanto de lo propio como de lo ajeno, sin expectativas de convergencias tan unánimes como «prebáblicas», estaremos en condiciones de disfrutar del placer y el privilegio que Ricardo nos ofrece: observar a un analista trabajando y poder intercambiar con él. ♦